



**MERCHE DIOLCH**  
**POR UNOS**  
**DÍAS**



**4**

# Copyright

EDICIONES KIWI, 2020

info@edicioneskiwi.com

[www.edicioneskiwi.com](http://www.edicioneskiwi.com)

Editado por Ediciones Kiwi S.L.



EDICIONESKIWI

Primera edición, abril 2020

© 2020 Merche Diolch

© de la cubierta: Borja Puig

© de la fotografía de cubierta: shutterstock

© Ediciones Kiwi S.L.

Corrección: Irene Muñoz Serrulla

Gracias por comprar contenido original y apoyar a los nuevos autores.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

# Nota del Editor

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

# Índice

[Copyright](#)

[Nota del Editor](#)

[Por unos días](#)

# Por unos días

—Sí, Estef... Ya estoy entrando en casa. —Me coloco el móvil en el hombro y abro la puerta como puedo con las llaves, sin dejar de hablar, mientras intento que la compra que llevo en la otra mano no se me caiga. He conseguido todo lo que necesitaba, excepto un par de productos que parece que se han evaporado de las tiendas—. Sí... Estef... No saldré de casa hasta que avisen... —Suspiro con fuerza sin darme cuenta. Llevo escuchando el mismo discurso desde que se ha decretado el estado de alarma, y ya estoy cansada. Solo quiero un baño caliente—. O hasta que se acabe el papel higiénico —la pico, cerrando la puerta tras de mí y achico los ojos ante la explosiva parrafada de mi amiga que se vuelve a repetir. Si me lo tengo merecido. No debería haberle dicho nada más. La quiero mucho y sé que se preocupa por mí, pero su angustia me agota—. Vale, sí... Te llamaré —le digo en una de las pocas pausas que hace para respirar y cuelgo sin darle oportunidad a hablar más.

El silencio y la seguridad de mi pequeño apartamento me recibe; una bendición teniendo en cuenta la que hay montada en la calle.

Enciendo la luz de la entradita, dejo en el suelo las bolsas sin preocuparme de si se rompe o no algo, y me quito los zapatos mientras suspiro de nuevo.

—Esto se va a hacer largo...

Me adentro por el piso, abandonando las llaves y el móvil en la mesa del comedor, y me deshago de la ropa según avanzo por la casa en dirección a mi dormitorio.

De pronto percibo un aroma desconocido y una pizca de nerviosismo se asienta en mi estómago. Arrugo el ceño confusa y tanteo a ciegas la pared que tengo más cerca, ya que, salvo por la luz de la entradita, no he encendido ninguna más, pero no encuentro la clavija.

Me quedo quieta, escuchando el silencio del apartamento y, excepto por los sonidos de la calle que se cuelan por las ventanas cerradas, no oigo nada extraño. Suelto el aire que retengo sin darme

cuenta y me aparto el rubio cabello de la cara, dejando que asome una sonrisa en mi rostro.

—Tú y tus neuras, Blanca... —Niego con la cabeza y avanzo hasta la habitación, encendiendo la lámpara en cuanto traspaso la puerta.

—¡¡Me cago en todo lo que se menea!! —grito del susto, saltando sobre mis pies—. ¡¿Quién cojones eres tú?! —le pregunto al extraño que tengo delante y atrapo el bate de béisbol que me regalaron en un cumpleaños y al que nunca le había encontrado utilidad hasta ahora—. Y lo más importante, ¿qué haces en mi casa?

El hombre se pasa la mano por su largo pelo negro y me regala una tímida sonrisa que no cuadra con su aspecto. Ancho de espaldas, fornido, grandes manos —siempre han sido mi perdición las manos grandes—; es atractivo con un toque de misterio y un color de ojos hipnotizante. No puedo asegurar la tonalidad de los mismos; si son grises, verdes o azules, porque según le da la luz de la habitación, cambian ofreciéndole un halo enigmático. Lo miro de arriba abajo, calibrando bien sus medidas... todas sus medidas, y lo que sí puedo confirmar es que está cañón.

«¡Este tío está de muerte! No, definitivamente no lo conozco de nada porque seguro que me acordaría de él o por lo menos mi traicionero cuerpo se acordaría, porque ahora mismo está reaccionando como si estuviera en celo, subiendo de temperatura y mis partes más íntimas comienzan a derretirse con solo mirarlo..., y todavía no ha hablado... ¿Cómo será su voz? Debe de ser grave, de esas que consiguen que explotes en un orgasmo solo con decir dos frases... Reacciona, Blanca... Reacciona».

Él me sonrío como si acabara de leer mi mente y da dos pasos hacia mí.

Agarro con más fuerza el bate por encima de mi cabeza y tenso la mandíbula, o por lo menos lo intento porque mi garganta está seca y siento el corazón en la garganta.

—Hola, Blanca...

Vale, él sí me conoce, pero yo a él... NO.

—¿Eres un acosador? —le suelto y su sonrisa se hace más amplia.

—Exactamente no... —Me guiña un ojo y mis rodillas tiemblan por el impacto. «¡Cómo puedo sentir algo por este *asaltacasas!*!».

—Mira, bonito. —Levanto más el bate—. O me dices ahora mismo quién eres o llamo a la policía.

Este levanta las manos en son de paz y se acerca a la ventana para mirar la calle.

—Creo que están muy ocupados. —La sirena de un coche de emergencia retumba por la casa como si confirmara sus palabras.

—Vale, sí, por el estado dichoso de alarma pero seguro que si grito, mis vecinos vendrán corriendo para ayudarme...

Él eleva una de sus oscuras cejas y me mira como si estuviera riéndose por dentro de mí.

—¿Los mismos que han salido escopetados de su casa en cuanto ha comenzado esta locura?

Bufo con fuerza y dejo caer el bate, para apoyarme en la pared sin fuerzas. Sea quien sea, sabe muy bien que ahora mismo en mi edificio solo quedamos la anciana del segundo y yo. Lo mejor es tratar de averiguar qué busca y deshacerme de él lo antes posible.

—Está bien. Me rindo. ¿Quién eres? ¿Y qué quieres? —Me observa sorprendido por mi rápida rendición—. No me mires así. No tengo tiempo para tonterías ahora mismo... Habla.

—Blanca, creo que en unos días el tiempo es lo que más te va a sobrar —dice con ironía y no puedo evitar sonreír ante la verdad.

—Contesta —le indico con tono más amigable—. ¿Eres amigo de Rick? Si es así, lo de mandarte hoy para recoger lo poco que le queda en esta casa, es la peor de sus ideas. Una de tantas.

Sí, debía de ser amigo de mi ex. No había otra explicación.

—¿Rick? —me pregunta confuso.

—Venga, sí, Ricardo... Mi ex. Ahora no te hagas el tonto. Solo puede haberte dado las llaves él para que recogieras sus cosas... Por cierto, están ahí. —Le señalo la caja que asoma por la puerta del armario que hay abierta—. Y ahora, ya puedes irte. Ha sido un día horrible y necesito estar sola.

Me regala una vez más esa sonrisa enigmática.

—No, no me manda... ¿Rick? —Eleva su ceja.

Lo miro sorprendida por su anuncio e instintivamente agarro el

bate de béisbol de nuevo.

—¿Entonces?

Amplía su sonrisa y vuelve a mostrarme sus manos en son de paz.

—Tranquila que no muerdo... todavía.

Reconozco que ese *todavía* me ha puesto la piel de gallina y un escalofrío me ha recorrido de arriba abajo, pero no de miedo, sino de excitación por lo que mi mente calenturienta ha imaginado.

—Entonces... ¿quién eres? —Coloco mi arma improvisada delante de mí; que el tío esté tan bueno para conseguir que mis bragas se humedezcan solo con una mirada, no quiere decir que no necesite defenderme porque sea un acosador...—. ¿Y cómo has entrado en mi casa?

—Por la puerta —me indica como si fuera lo más evidente.

No puedo evitar gruñir ante su tono de voz.

—Mira. —Me aparto el cabello de la cara—. Ya está bien tanta tontería. Ahora, por favor, vete de mi apartamento si no quieres que llame a la policía. —Muevo la mano señalando el camino de salida.

—No puedo —dice sin más.

—Perdona... ¿cómo que no puedes?

«Está loco... Blanca, ten cuidado. Este tío se ha debido de escapar de algún psiquiátrico y está majara perdido. ¿Cómo dicen que hay que tratarlos? Con tranquilidad, sin alterarlos, como si fuera mi amigo...».

—No estoy loco —afirma dejándome con la boca abierta.

—¿Perdona?

—Te digo que no me he escapado de ningún sitio —me indica ya descolocándome del todo.

—Yo no he dicho nada...

—Tú no, pero tu cabecita no para de hablar. —Me señala y sonrío.

Miro a ambos lados de la habitación y, ante la mirada pasmada de él, comienzo a rebuscar entre los cajones, debajo de la cama y hasta en las esquinas de las paredes por si hay alguna cámara oculta.

—Esto es una broma, ¿no? —le pregunto—. No puede ser otra



cosa. Algún programa de esos que ya nadie ve, y que han debido organizar alguno de mis amigos. —Miro tras las cortinas, obligándolo a moverse—. Lo teníais todo preparado pero lo que está sucediendo en el país, os ha pillado de improviso y habéis pensado que el espectáculo debía continuar.

—Blanca, esto no es una broma —me dice divertido.

Detengo mi búsqueda y lo miro. Hemos cambiado las posiciones y ahora se encuentra cerca de la puerta, donde he dejado mi única arma, y yo estoy al lado del cabecero de la cama.

—Pues sea lo que sea, no tiene gracia —le suelto cruzándome de brazos y le exijo...—. Quiero que te vayas de mi casa.

—Y yo, pero no puedo.

Emito un sonido poco femenino e intento mirarlo con cara de odio, pero esos ojos que tiene consiguen derrumbar todas mis defensas.

—¿Y por qué no puedes? —le pregunto ya agotada de mantener esta disparatada conversación.

—Porque no nos dejan salir de casa —comenta como si fuera la cosa más evidente.

Abro los ojos de par en par al mismo tiempo que mi boca, como si fuera un pez fuera del agua, sin dar crédito a lo que escucho.

—¿En serio? —Mueve la cabeza de manera afirmativa—. ¡Pero esta es mi casa!

—Lo sé...

—¡Pues lárgate de una vez! —Muevo la mano para subrayar mi orden.

—Ojalá pudiera...

Suspiro con fuerza y me dejo caer en la cama.

—Esto es surrealista. Necesito un baño, una copa de vino y cenar algo.

—Si quieres te hago yo la cena...

Lo miro de lado y arrugo el ceño.

—¿Me harías la cena? —Él asiente y yo, por una milésima de segundo, estoy tentada de aceptar su propuesta—. Agh... ¡No! Claro que no... —digo con demasiado énfasis como si necesitara autoconvencerme de la decisión tomada, y me incorporo—. ¿Qué haces aquí?

—La pregunta está mal formulada...

Una de mis cejas doradas se eleva sin dar crédito.

—¿En serio?

—Repites mucho eso...

—Mira —le corto—, no tengo más ganas de tonterías. ¿Qué haces aquí?

—Esperarte —responde por primera vez a la primera, sorprendiéndome.

—¿Para?

—Es complicado y largo de contar...

—Tengo todo el tiempo del mundo —lo interrumpo.

—Hace un momento no decías eso... —me incordia y me muerdo el labio para no decirle lo que pienso.

Sus ojos cambiantes siguen mi movimiento y puedo jurar que acaba de relamerse. Mi corazón ha dado un salto mortal y mis braguitas se han mojado un poquito más.

«En vez del baño, voy a necesitar una ducha, pero de agua fría... muy fría».

Elevo los brazos al aire para dejarlos caer a continuación y me doy cuenta de que la blusa que llevo está desabrochada. Llevo todo el rato hablando con este... este... «asaltacasas-tío bueno» casi desnuda.

—¡No me mires! —le ordeno de pronto mientras agarro los extremos de la camisa, tratando de esconder mi sujetador de su mirada. Busco atinar con los botones, pero parece que de repente los ojales han disminuido de tamaño.

Se ríe.

—¿Por?

Bufo con fuerza y atrapo el kimono que descansa sobre la silla que tengo en el dormitorio, para ponérmelo. Es otra de las cosas que me han regalado en alguno de mis cumpleaños y que nunca he utilizado, formando parte de la decoración de la casa como el bate de béisbol.

—¡Date la vuelta! —le insisto y este, después de mirarme de arriba abajo, sin esconder la diversión que siente ante la situación, me hace caso.

Me quito la blusa, me deshago de los vaqueros y me escondo entre la suave y fría tela oscura con un almendro rojo en la espalda.

—Blanca, esto es una tontería. Llevamos diez minutos hablando y te he visto...

—Diez minutos en los que ni me has dicho tu nombre ni qué haces aquí o por qué no te vas —le indico abrochando con fuerza el cinturón de la prenda.

Él se gira con cuidado y, al comprobar que ya estoy tapada, me mira a los ojos de nuevo.

—Sebastian... Me llamo Sebastian.

—Bonito nombre... —Gruño en cuanto digo eso, recibiendo una sonrisa complaciente por su parte—. Y ahora. —Intento que mi voz suene dura, pero es casi imposible—. ¿Te vas de mi casa, por favor?

«¿Por favor? Blanca tú estás tonta. No es un invitado».

—Lo siento, pero no puedo —afirma este, correspondiendo a mi educación.

Pongo los ojos en blanco y me paso la mano por la nuca. La tensión del día, la situación del país y ahora esto están acabando conmigo.

—A ver si yo lo entiendo —indico como si estuviera hablando con un niño pequeño—, estás en mi casa, no te conozco de nada y encima tienes la cara de decirme que no puedes irte. Pero ¿tú eres imbécil o qué?

—Un vampiro —me responde dejándome con la boca abierta otra vez.

Lo miro de arriba abajo hasta que su mirada atrapa la mía y, pasados unos segundos, niego con la cabeza.

—Hemos dejado claro que no hay ninguna cámara oculta, ¿verdad? —Asiente sonriente—. Pues entonces esto debe de ser cosa de Estef. Como sabe que voy a pasar el confinamiento sola en esta casa e insiste siempre con que tengo telarañas en mi vagina, te ha contratado para que me hagas compañía.

—¿Tienes telarañas?

Lo miro cuando me doy cuenta de que esta vez no ha hecho falta que me *lea la mente*, sino que se lo he facilitado yo, hablando en

voz alta. Esta impertinente lengua mía...

—Tonterías... —Muevo la mano tratando de quitarle importancia.

—Pues para ser tonterías te has puesto roja —afirma, y siento cómo mi cara enrojece todavía más, si eso es posible.

Suspiro, provocando que mi flequillo se eleve.

—No cambies de tema...

—¿Yo? —Se señala a sí mismo—. Eres tú la que habla de telarañas...

—Agh... ¡Está bien! —grito de impotencia—. Sí, hace mucho que no me acuesto con alguien, pero eso no es lo importante.

Sebastian se cruza de brazos y se apoya en el marco de la puerta sin dejar de sonreír, pero esta vez ese gesto no es tan divertido, sino que tiene un toque más sensual.

—Yo sí creo que es importante...

Pongo los ojos en blanco y paso por su lado en dirección a la cocina.

—¿Quieres agua? Necesito un vaso de agua bien fría.

—No, no bebo agua —indica cerca de mí justo cuando abro el frigorífico, provocando que dé un pequeño salto del susto. Se ha movido con demasiado sigilo, y su proximidad me pone nerviosa... muy nerviosa.

—¿Y qué bebes? —me intereso, alejándome con disimulo de él, para evitar que piense que huyo de su lado. Pero no debo conseguirlo porque su sonrisa me anuncia que sabe que consigue alterarme.

—Lo que beben los vampiros —afirma y cierra la puerta de la nevera.

—Pues va a ser que sangre no tengo en mi despensa. —Le sigo el juego y abro la puerta de la terraza, tratando de que el poco aire de la calle que hay logre bajar mi temperatura.

—Creo que eso no es cierto...

Veo como su lengua sale levemente para acariciar sus labios y un pequeño destello, que juraría que podría proceder de uno de sus colmillos, reluce en la habitación. Mi pulso se acelera y bebo de un trago el agua que me queda en el vaso, es como si estuviera caminando ahora mismo por un desierto sedienta, pero en este

caso, sería sedienta de probar sus besos.

—¿Quién? ¿Yo? —pregunto divertida mientras siento cómo mi carótida comienza a latir sin control.

Sebastian me guiña un ojo.

—Esa era la idea —confiesa.

—¿Ibas a mordirme? —le interrogo y comienzo a reírme sin parar.

Sebastian, desde su posición, me observa divertido.

—Creo que es la primera vez que reaccionan así.

Mi risa aumenta e incluso algunas lágrimas se escapan de mis ojos sin poder evitarlo.

—Es que eres un cachondo, Sebastian. —Busco un trapo de cocina para limpiarme la cara, dándome cuenta de que el rímel se me ha corrido y que seguro que debo parecer un payaso—. No sé lo que Estef debe pagarte, pero este rato vale su peso en oro. Gracias por hacerme reír. Lo necesitaba.

—Me alegro... Siempre está bien ver a una bella mujer disfrutar de la vida. Tu sangre debe de estar deliciosa.

Lo miro asombrada de que siga con el juego y, tras dejar el vaso en la encimera, me dirijo al comedor. Paso por su lado y, sin poder evitarlo, mi cuerpo roza el suyo, lo que provoca que un escalofrío estalle en mi interior. Es solo un segundo, un minisegundo en el espacio temporal, pero lo suficiente para que parezca que todo se ha detenido.

—Entonces... —digo, sentándome en una de las sillas que rodean la mesa, obligándome a respirar—, supongo que has venido para probar mi sangre, ¿cierto?

—Eso es —afirma simulando mi mismo tono risueño, aunque una parte de mí comienza a dudar de que todo sea una broma.

—¿Y por qué no puedes irte?

Él se quita la chaqueta de cuero que lleva, dejándola en el respaldo de una de las sillas vacías, y se queda con una camiseta azul oscuro que se adhiere a su cuerpo, y que, al no tener mangas, muestra los músculos de sus brazos.

Mi corazón se detiene de golpe y mi boca se reseca, por no hablar de mi vagina... parece que está pidiendo a gritos que la colmen de

atenciones y, si soy sincera conmigo misma, ¡joder!, yo también quiero que este tío macizo me colme de atenciones.

Estef, Estef... te debo una muy grande... tan grande como debe ser...

—Blanca... —me llama y, en cuanto me doy cuenta de que mi mente ha vuelto a desperdigarse, alzo mi mirada, la misma que estaba fija en sus partes bajas, y observo esos ojos grises que me miran divertidos.

«Si me lee la mente, se lo está pasando bomba. ¿Pero cómo va a leer la mente, Blanca?».

Una de sus negras cejas se eleva y sonrío divertido como si se lo estuviera pasando muy bien a mi costa.

—Sí, perdona. —Paso mi mano por el cabello sin cuidado y suspiro al percatarme de que entre los churretones negros del maquillaje que debo tener en la cara, y mi peinado, debo de estar muy atractiva. Ironía modo *on*—. ¿Decías?

—Te indicaba que no puedo irme porque no nos dejan salir de casa —me aclara, y por una vez la diversión que lo acompaña desde que lo conozco, ha desaparecido.

—¿Me estás hablando en serio?

Se cruza de brazos y asiente.

—Yo siempre hablo en serio, Blanca. La ley es la ley. —Lo observo sin creer lo que oigo y estallo en carcajadas—. ¿De qué te ríes ahora?

Lo miro y trato de retener mi diversión, pero soy incapaz de hacerlo.

—Espera...

—Tengo tiempo. No me voy a ir a ningún sitio en bastante tiempo —me dice con seguridad.

Eso sí que me corta la risa de golpe. Algo en su tono de voz me indica que no está de broma.

—¿Estás hablando...?

—En serio —termina por mí—. Lo dices mucho. —Me guiña un ojo—. Y, sí, me quedo aquí —anuncia muy convencido.

Lo observo en silencio, esperando que aparezca esa sonrisa que me ha cautivado desde el principio, pero no sonrío y eso me

preocupa.

—Sebastian, no sé lo que te ha pagado Estef pero de verdad, tienes que irte a tu casa. Esto no sabemos lo que puede durar y no quiero compartir mi casa con un desconocido.

—Ya no soy tan desconocido —señala y no puedo evitar sonreír ante eso.

—No, ya te conozco un poco más —indico—. Te llamas Sebastian, eres un vampiro, quieres probar mi sangre y no puedes irte de mi casa por si te multan. —He movido los dedos de mi mano derecha, según enumeraba lo que sabía de él hasta ese momento—. ¿Me olvido de algo más?

Él niega con la cabeza.

—No, lo has entendido a la primera. Sí que eres una chica lista...

Sonrío como una boba por el halago, pero de golpe me doy cuenta de que esto es surrealista y golpeo la mesa con el puño.

—¡Vale ya de tanta tontería! —Me levanto de la silla y me acerco a la puerta donde todavía siguen en el suelo las bolsas de la compra—. Vete, por favor.

—No puedo —me susurra cerca de mi oído. Se ha vuelto a mover con ese sigilo que lo caracteriza y la rapidez que me descoloca.

Me vuelvo y lo miro a los ojos. Ahora son azules y podría jurar que brillan expectantes.

—Tienes que marcharte —insisto pero el tono de voz que uso, no ayuda para dar firmeza a mi petición.

Él me pasa el dedo por el cuello y fijo mis pupilas en sus labios.

«Debe besar bien...».

—Muy bien —afirma, respondiendo a mi pensamiento, y, aunque frunzo el ceño confusa, en cuanto su boca toca la mía, me olvido de todo.

Atrapa mi labio inferior, pasa por el superior al mismo tiempo que su lengua me acaricia.

Llevo mis manos hasta su cuello, enredando mis dedos por su largo cabello, y cierro los ojos, mientras saboreo su piel con lentitud, con muchísima lentitud...

Sebastian abandona mi boca y sin poder evitarlo se me escapa un gemido de queja que se acalla de inmediato cuando sus labios se

posan en mi cuello, y su lengua me recorre de nuevo hasta llegar a ese punto donde el cuello se une con el hombro.

Mi cuerpo se derrite, mi respiración se acelera y mi corazón comienza a bombear a una velocidad vertiginosa.

De pronto, un pequeño pinchazo me despierta de mi sueño y lo empujo, alejándolo de mí.

—¡Qué cojones!

Este me mira y me regala una sonrisa traviesa.

—Esa boca, Blanca.

Arrugo el ceño y me llevo la mano hasta el lugar donde me... ¿ha mordido?

—¿Me has mordido? ¡Me has mordido! —repito, gritando la segunda vez y él se encoje de hombros.

—Había que intentarlo. —Me guiña un ojo y me enervo todavía más.

Observo la mano para comprobar que apenas está manchada de sangre, por lo que deduzco que solo ha sido un pequeño arañazo, y vuelvo a mirar a Sebastian achicando los ojos, tratando de que mis iris verdes suelten rayos y centellas, pero es imposible. Ni yo soy la Bruja Escarlata ni él es un vampiro.

—Esto se te ha ido de las manos... —le indico y, tratando de tranquilizarme, recojo las bolsas de la compra. Me marcho a la cocina con ellas, sintiendo los ojos de mi «invitado» en la espalda, y comienzo a colocar todos los productos en el frigorífico y en los armarios.

Cuando termino, tomo un tarro de helado ya derretido y con una cuchara miro a Sebastian. Está sentado en una de las sillas y me mira como si quisiera devorarme.

—¿Y hasta cuándo te ha contratado Estef? ¿Cuándo debes irte? —le pregunto, no muy convencida ya de mi suposición, de que mi amiga le haya encargado seducirme, haciéndose pasar por el rey de la noche.

—Blanca, ya te lo he dicho. —Apoya los brazos en sus piernas y enfrenta mi mirada—. No voy a irme.

La cuchara me tiembla por unos segundos cuando me la llevo a la boca para saborear el helado de chocolate.



—De acuerdo —afirmo y me siento en el suelo. Lo más lejos de él y sin perderlo de vista—. Supongamos que me dices la verdad...

—Lo es —indica cortándome, provocando que gruña y levante la cuchara para hacerle callar—. Perdona. —Se ríe—. Por favor, continúa.

Asiento y sin darme cuenta le ofrezco una sonrisa complacida.

—Está bien. Entonces, no sabes quién es Estef. —Niega con la cabeza—. Eres un vampiro. —Asiente—. No te vas a ir de mi casa hasta que pase todo...

—Así es.

—¿Y por qué me esperabas? Eso es lo único que no me ha quedado muy claro...

Él sonrío con ese gesto suyo que habla de secretos inconfesables y misterios sensuales que a buen seguro conseguirían hacerme temblar en la cama... a su lado... con él.

—Hace días que te sigo —confiesa y de pronto ha dejado de apetecerme el helado—. Desprendes un olor... —Cierra los ojos y gime—. Peculiar —afirma y vuelve a mirarme—. Necesito probarte...

—Ahh...

Sebastian se carcajea.

—¿Solo se te ocurre decir eso?

Me encojo de hombros y expulso el aire de mi interior.

—Es que estoy pensando que eres muy buen actor.

La risa masculina estalla todavía más fuerte.

—Estef dijo que no lograría engañarte.

—Lo sabía. —Me incorporo y doy una palmada en el aire—. Lo sabía —repito y Sebastian me observa sin perder la sonrisa—. ¿Cuándo te contrató? ¿Esta mañana? Estaba muy pesadita con el tema de que llevaba mucho tiempo sin irme a la cama con alguien, y luego, esto... —Subo los brazos para dejarlos caer a continuación, haciendo referencia a todo lo que sucedía en el país—. ¿Qué eres? ¿Un actor? ¿Gigoló? ¿Chico de compañía? Mira que le agradezco que haya pensado en mi... —Señalo la zona del bajo vientre sin mencionarla—. Pero no suelo acostarme con desconocidos...

—Ya no somos tan desconocidos —Sebastian insiste con la

misma idea y, aunque tiene razón, y está de toma pan y moja, no soy de esas chicas que se van a la cama con alguien que acaba de conocer.

Lo miro y mis convicciones se tambalean.

«Blanca, sí podrías ser una de esas chicas...».

Sigue sentado, atento a todos mis movimientos, y de pronto me detengo. Me cruzo de brazos y arrugo el ceño.

—¿Te ha pagado para que te acuestes conmigo? —Niega con la cabeza—. ¿Te acostarías conmigo? No, perdona, perdona... —salto de inmediato, impidiéndole hablar. Me estoy volviendo loca y no ayuda nada que Sebastian esté tan bueno, sea tan perfecto y que me esté devorando con la mirada.

Me giro sobre mis pies, me recojo el cabello para soltarlo a continuación y suspiro. Tengo mucho calor.

—Blanca...

—Perdona. —Lo miro de nuevo y le regalo una sonrisa de disculpa—. Me estoy comportando como esos cavernícolas de los que se quejan las mujeres, cuando las valoran por su cuerpo y no por su mente. Estoy haciendo lo mismo contigo pero es que... —Muevo las manos de arriba abajo, señalándolo—. Y estás aquí y yo... —grito de impotencia y él se carcajea.

—¿No querías una copa de vino, cenar y un baño? —me tiento mientras me observa divertido y yo solo puedo mover la cabeza de manera afirmativa—. ¿Por qué no te bañas y mientras hago la cena? Te esperará una copa de vino cuando salgas.

—¿Seguro? —Él asiente—. Pero ¿no tendrías que irte?

Sebastian se levanta y se acerca a mí con su caminar sigiloso. Apoya su mano en mi mejilla y acaricia con su pulgar mis labios.

Mi boca se abre por instinto y un gemido nace de mi interior.

—No puedo marcharme... —asegura con voz grave—. Me va a tocar quedarme contigo por unos días... si no te importa.

Niego con la cabeza sin poder emitir ninguna palabra y por un segundo pienso que cómo pueden cambiar tanto las cosas, cuando hace un rato quería que se fuera de mi casa —bueno, no quería, pero era lo que debía hacer porque era un desconocido que se había colado en mi casa.

—Pero alguien te estará esperando... —comento y mi yo interior me da una colleja.

Sebastian sonríe y se acerca a mi cara, dejando su boca a la misma distancia que la mía.

—Nadie que sepa como t .

Gimo y creo que hasta he tenido un miniorgasmo.

— Quieres darte un baño conmigo? —lo invito y él sonríe con suficiencia.

—Solo si me prometes que dejarás que te muerda.

Suspiro y si no fuera porque mis manos lo agarran de la cintura — no s  en qué momento ha sucedido eso—, podrá haberme caído redonda al suelo.  C mo puede tener esa voz?

—Un mordisco o todos los que quieras —afirmo y me desato el cinturón del kimono.

Sebastian mira como mi piel asoma por debajo de la tela y se relame los labios antes de descender hasta el nacimiento de mis pechos.

Me besa la delicada piel, me lame y con cuidado aparta la lencería hasta que uno de mis pezones asoma. Su boca se cierra sobre él y un pequeño pinchazo seguido de la caricia de su lengua, consigue que mi corazón comience a latir otra vez de manera desbocada. Si no fuera porque me ha cogido entre sus brazos, para llevarme hasta el cuarto de baño, habría caído en el suelo desfallecida.

En cuanto entramos en la pequeña habitación, abre el grifo de la bañera sin dejar de acariciarme.

Me cuesta respirar...

Mi cuerpo vibra ante su contacto...

Me observo en el espejo, buscando guardar la imagen en mis recuerdos de los dos juntos, cuando me percat  de lo más importante: mi cuerpo reacciona a las caricias, los besos de Sebastian... pero él no se refleja en la superficie lisa.

Solo estoy yo... y el éxtasis que consigue transmitirme.